

LA NECESARIA PERSPECTIVA CULTURAL DE LAS INTEGRACIONES (Y LAS INDEPENDENCIAS)

José Rojas Bez

Profesor Titular del Instituto Superior de Arte de Cuba

Los últimos tiempos se han caracterizado por el cúmulo de encuentros y gestos de diversos signos para las integraciones regionales, aun con cierta disensión entre unas y otras, bajo la égida del mejoramiento de los pueblos que las integran.

Ahora bien, aun poseyendo como factor de fondo, ya sea declarado o sobreentendido, una cierta comunidad histórico-cultural, no siempre gravitan las miradas sobre la cultura como ámbito espiritual de valores, saberes, sentimientos y aspiraciones.

Y es desde la cultura, como perspectiva de acción y como meta, más que desde la economía u otros factores, que las integraciones pueden llegar no sólo a materializarse cabalmente sino incluso a ser imaginadas.

La propia idea de “integración”, como lo han sido desde antaño la de la “Hélade”, la de “Europa” o cualquier otro grupo de comunidades y nacionalidades, se sustenta en presupuestos dados por la cultura y su imaginario, incluyendo la convicción de que “es posible un mundo mejor” aquí, en esta tierra, sin que fuese necesariamente un paraíso; especie de “acto de fe” o postulado cultural, pero con fundamentos abonados hoy por la movilidad de las correlaciones mundiales en cuanto a economía, desarrollo y política se refiere; “acto de fe” digno de consideración y elogio después de un período, no concluido totalmente, saturado de “desencantos” y negaciones de la idea de “progreso” y de aceptaciones de un deambular común, cuando más, hacia “el fin de la historia”.

Como quiera que se mire, las integraciones responden, se nutren y se mueven en última instancia por un común sustrato cultural, y su aspiración última, visible o latente, se encamina o ha de tender hacia el enriquecimiento de la cultura general como garante de la calidad de vida idónea. La excesiva primacía de otro principio, digamos el

económico o el militar, no da inicio ni conduce a una genuina integración sino, en todo caso, a un pacto, tratado o alianza.

Precisamente por su humus cultural, las integraciones auténticas, las ya dadas tanto como las deseadas, resultan mucho más duraderas y plenas que otros tipos de alianzas. Las grandes integraciones (y desintegraciones) de los más diversos tipos ocurridas a lo largo de la historia (el mundo griego, el Islam, la propia España, Iberoamérica,...) así nos lo muestran.

Tal característica diferencial establece una ventaja (en cuanto sustrato o campo de acción dado secularmente), a la vez que muchas dificultades (en cuanto búsqueda de unidad y diversidad en la plenitud), de integraciones como la iberoamericana (puesta en la mira de las llamadas y tan recientes “Cumbres”) o como CARICOM, en contraste con alianzas y tratados como, en mayor y menor grado, los Grupos de los 7 y los 20, y aunque no exactamente iguales, de los No Alineados.

Vale la pena recordar e incitar a la reflexión de cómo muchas de las experiencias y enseñanzas aportadas por la disolución de la llamada Europa del Este se vinculan a los sustratos culturales. Si la ineficiencia y las falsedades fueron responsables principales, las tensiones culturales no quedaban al margen. Dicho bloque nunca logró que una economía centralizada por el Estado y una política de unificación del proletariado mundial –en tajante oposición a las burguesías y otros estratos nacionales, incluso a las tradiciones y las más arraigadas idiosincrasias– cohesionaran (y dividieran) radical y funcionalmente a los grupos sociales y los factores culturales (idiomas, religión, costumbres, idiosincrasia...) establecidos históricamente. A la larga, la explosión hizo emerger a las nacionalidades.

Como nunca antes en la historia, la última década del siglo XX nos enseñó a pensar en las integridades nacionales y culturales (nunca exentas de contradicciones y conflictos internos) como ineludibles sustratos de las demás integraciones. En el siglo XXI, los conceptos de *nacionalidad* (con todo lo que supone) y *familia* siguen siendo anclajes, plataformas sólidas y fecundas en las que afianzarse, sin renegar, todo lo con-

trario, necesitando y buscando, de lazos supranacionales, regionales y universales, ya sea como en el Islam, la OEA, CARICOM, Iberoamérica,...

Y ello resulta cada vez más saludable hoy, cuando una creciente globalización amenaza no sólo con ensanchar brechas entre ricos y pobres sino, peor aún, con barrer muchas identidades e imponer sumisiones tecnológicas, y cuando, por ello mismo, la vida nos ha enseñado que el problema del desarrollo muestra no una, sino la doble cara de la necesidad de superar la pobreza y también, más difícil aún, allanar las desigualdades (evitando las aberraciones del “igualitarismo” y otros males populistas): establecer igualdades implicatorias de la justa y extendida inclusión social, de las posibilidades de movilidad socioeconómica según las capacidades y esfuerzos, del justo acceso a empleos (crecientes y no en deterioros como en la actual crisis), sin soslayar que ello ha de ser posible en todas direcciones y no desde la sostenida óptica de la superioridad de las naciones más desarrolladas, dado que el “metropolitanismo” sigue perviviendo en nuestros inconscientes e imaginarios y, por ende, en nuestras actitudes.

Las más auténticas integraciones no sólo están avaladas por los sustratos culturales formativos, sino que (contrariamente a lo que muchos políticos tienden a ver o proyectar según sus plataformas y de lo que demasiada prensa impresionista y del escándalo acostumbra a divulgar como rostros de los encuentros, siguiendo “palos periodísticos”) son los lineamientos políticos y gubernamentales los que dependerán a la larga –sobre todo en sus éxitos y fracasos reales más que en sus elucubraciones– de los sustratos culturales raigales y sus tradiciones e instituciones.

También es el mandato de la cultura quien nos ha obligado a pensar en la imposibilidad de lograr un mundo mejor, es decir, más pleno y justo a la vez que más rico, si las inversiones y los presupuestos económicos no van acompañados de reformas y planes educacionales, en tiempos que exigen ya una educación para todos, desde los “jardines de la infancia” o pre-escolares hasta un grado doce, como mínimo, para pensar también en un mayor acceso a bachilleratos, estudios técnicos medios y universidades, y recordando que la moderna “alfabetización” no se reduce a la lectura y escritura en

papel, a la de la “Galaxia Gutenberg” sino también, más allá de Marconi, a la de la era digital.

Asimismo, la importancia de la cultura nos hace echar de menos acciones más intensas, continuas y eficaces para la circulación e intercambio de los bienes culturales producidos dentro las “integraciones”.

Creo que, con sus altibajos, las Cumbres Iberoamericanas, para citar otro ejemplo, han ido tomando conciencia de ello, en un proceso de superación desde Guadalajara en 1991 hasta hoy.

Existen ferias del libro, festivales musicales o de cine y algunos otros eventos que propician o debieran favorecer la circulación cultural, y es verdad que los intereses económicos nada contribuyen a menudo a dicha circulación, pero los Estados deben emprender todavía acciones más enérgicas para que libros, filmes, obras plásticas y escénicas, y demás creaciones y artistas iberoamericanos posean un espacio más extendido y, sobre todo, estable a lo largo y ancho de ambos continentes.

De lo que se trata es de la necesidad de asegurar espacios y tiempos continuos y considerables a todos los “valores propios” sin dejar de disfrutar lo universal, y de que la circulación sea dinámica, en todas direcciones, lo cual no se ha logrado de modo fehaciente. Las fuerzas comerciales siguen dominando casi absolutamente los espacios de intercambio cultural, y a menudo se olfatea un cierto espíritu “metropolitano” donde “los que ayudan” o “más desarrollados” siguen “encaminando las cosas”.

Nunca podría llegarse a nada auténtico si los acuerdos, lineamientos y declaraciones ignoran, fuerzan o manipulan las tendencias culturales en vez de contribuir a su maduración enriquecedora, y mantener la conciencia de que los intercambios artísticos, junto a otros factores de la cultura, pueden contarse entre las acciones más integradoras y con–formadoras posibles.

Si en cualquier región e integración se muestra primordial la necesidad de afincar las raíces de las acciones en la cultura más que en plataformas económicas, técnicas, políticas o doctrinales (económicas y de otro tipo), quizás sea en América más que en ningún otro lugar. Obliga a ello su universal multiplicidad, desde la propia diversidad

original de sus culturas pre-coloniales hasta la actual conformación (luego de choques y encuentros trascendentes con culturas europeas, africanas, orientales...) con la existencia de los más disímiles estratos étnicos, históricos, económicos, políticos, idiosincrásicos,... desde el Río Grande a la Patagonia.

De uno u otro modo, la solución estaría siempre en una genuina dialéctica cultura-política-instituciones capaz de conjurar los tres mayores peligros dados hasta ahora:

1.- La trampa del desarrollismo, que pretende resolverlo todo a partir del puro enriquecimiento económico paulatino; el cual, aún dándolo como posible sin más, aún suponiendo válidas teorías como la de *la etapa previa* (como universal adolescencia de una universal madurez ya alcanzada por los más desarrollados), tiende siempre a provocar falsas nivelaciones económicas y científico-técnicas, incluso a un “ser como nosotros” trazador de raseros devastadores culturalmente, como los de la globalización (oponiendo tal término al de auténtica “mundialización” o “internacionalización”), cuyo efecto real ha sido la creciente brecha entre los más ricos y los más pobres, sin ignorar la supeditación de unos a otros, implicadas, en primera o en última instancia, por las altas tecnologías y el poder industrial, bancario y comercial.

2.- La desatención a un desarrollo verdaderamente sostenible, al que enfatiza la condición humana además de considerar firmemente la importancia de los recursos renovables y de una conciencia ecológica y naturalista.

3.- En otro orden de cosas, la concesión al populismo que, casi siempre acompañado de un *igualitarismo*, luego de producir evidentes mejorías iniciales en el reparto o disfrute de bienes (incluso con los mejores ánimos, aunque no falten los *palos publicísticos*), más temprano que tarde conduce a un inmovilismo, ineficiencia o, incluso, deterioro de las fuerzas productivas y sociales generales y de los recursos naturales, en un pseudo desarrollo nada sostenible.

4.- Una especie de novísimo metropolitanismo en el que los Estados o grupos más ricos, desarrollados o “benefactores” acaban dominando (incluso sin proponérselo) los ambientes y culturas de los demás, en una nueva dependencia ya sea amistosa o pater-

nalista o una *neo-evangelización* (no tan extrema como la de los antiguos y modernos inquisidores y dictadores del “te doy esto para que actúes como quiero”, “te enseño a leer para que leas MIS escritos”, pero que sí puede incluir “te envío mis especialistas, o mis asesores, al lugar donde pudieran estar especialistas tuyos”, etc.); metropolitano que, como apuntamos, se asienta más en los complejos y deficiencias culturales residuales y los imaginarios sociales de las ex-colonias y los grupos menos desarrollados espiritualmente que en las antiguas metrópolis.

He aquí sólo cuatro de los muchos peligros cuya evitación requiere un fortalecimiento de la sociedad civil, reconocer no sólo la existencia sino también la necesidad de las diferencias personales, grupales y nacionales, tanto como una dialéctica de acción e intercambio, plenamente dialógica, en uno y otro sentido, con plena igualdad entre las partes integrantes.

La auténtica integración se asemeja a un auténtico Estado consensual y de derecho que supone, además del desarrollo sostenible, una acción pluricultural, con un poder descentralizado (o, mejor, sin mayor centralización que la imprescindible para acciones comunes) a favor de lo regional y lo comunitario, con una articulación eficaz de las iniciativas privadas y públicas, con la creciente democratización de la salud, la educación, el deporte, las artes y la recreación (diferente siempre al establecimiento de grupos e instituciones estelares, emblemáticas o publicitarias a expensas o al margen del alcance y goce reales de las mayorías; diferente también a los “derechos condicionados” desde un poder) y con la persistente meta de la elevación de la calidad de vida, lo que supone las integridades, libertades y desarrollos personales.

En todo ello, para tales fines, se hace imprescindible tener a los sustratos histórico-culturales y a la plenitud de la cultura general, como sustento de acciones y como finalidad en perspectiva.

Holguín , Cuba julio de 2009

rojasbez@hotmail.com

<http://imagenes-comunicacion.blogspot.com>